Recopilación de obras ganadoras de las ediciones de los concursos 2016 y 2017

Poesías y relatos cortos de Gerena

Manuela Panduro González

Edita
Ayuntamiento de Gerena, Área de Juventud

Colabora
Diputación de Sevilla

Fotografía de portada
Alejandro Espino Ocaña

Contraportada
Ismael Uribe Cabeza

Fotos del interior
Obras del Maratón fotográfico "Pueblo de Gerena"

Diseño y maquetación
Pedro González Vega

Impresión
Coria Gráfica S.L.

En el año 2008, con el objeto de promocionar la literatura a nivel local, desde la Concejalía de Juventud, a propuesta del extinto Concejo de la Juventud de Gerena, se crea el Concurso de Relato Corto y Poesía, que se interrumpe en 2012 por falta de presupuesto económico. (¡Ah…, la crisis!)

Desde la Agrupación Teatral de Gerena TABLA y TELÓN, entre cuyos fines está la promoción de la literatura, propusimos para ese año 2012 realizar un recital de poesía con las obras ganadoras en los 3 certámenes que se habían convocado, leídos por los autores y actores de la Agrupación Teatral. El acto, inédito en la localidad, tuvo una acogida sin precedentes.

Para 2013 volvimos a proponerle al Ayuntamiento la convocatoria del Concurso, aunque no hubiese presupuesto para premios en metálico, y nos ofrecimos para colaborar tanto en la organización como en la formación del jurado y en la difusión de los trabajos premiados a través de nuestra página web http://tablaytelon.carlosgerena.es, y la del propio Ayuntamiento.

Desde entonces, con el trabajo conjunto del Ayuntamiento y la Agrupación Teatral, el Concurso ha pasado de ser local a ser provincial y, desde la octava convocatoria, a nacional, empezando ya a ser un referente en los certámenes de literatura de aficionados de habla castellana en España.

Este ejemplar que tiene usted en sus manos contiene los premios de las dos últimas ediciones, las convocadas a nivel nacional, y es la continuación del primer recopilatorio 2009-2015, porque la literatura, si no se difunde a nivel impreso, no tendría sentido. Serían un montón de emociones guardadas en un cajón.

Desde la Agrupación Teatral de Gerena TABLA y TELÓN, queremos agradecer, en nombre de todos los que amamos la literatura, el esfuerzo que tanto el Excelentísimo Ayuntamiento de Gerena, en la persona de su Concejala de Juventud, Medio Ambiente, Educación, Turismo y Deportes, María Tenorio Santana y la Exma. Diputación de Sevilla está realizando para dotar a este Concurso con las posibilidades necesarias para conseguir la participación de un mayor número de escritores y la difusión de su obra.

Manuel Carlos Cid
Portavoz del jurado del Concurso
de Relato Corto y Poesía de Gerena
y Presidente de la Agrupación Teatral de Gerena TABLA y TELÓN.

Relatos cortos ganadores

Concurso de relato corto y poesía de Gerena

Recopilación 8ª y 9ª edición

¡HAZ EL ESFUERZO!

Carmen Salina Arrojo
Categoría Adultos

Estaba desnuda, papá, ¿te lo puedes creer? Completamente desnuda frente a todas aquellas personas que no dejaban de mirarme.
- No lo quiero creer y tampoco pensar en ello, Ana...
Qué situación tan desagradable... Mi hija, mi pequeña, despojada de sus ropas frente a sus compañeros, sus profesores, cientos de familias... Qué horror.
- ¡Sólo ha sido un sueño! Si hubiese sabido que te vas a poner así no te lo cuento... ¿Acaso tú no sueñas?
- Sí hija, claro que sí, pero no con esa intensidad...
- Entonces cuéntame, por ejemplo, el último que hayas tenido.
Mi último sueño, mi último sueño... ¿Cuál era? En aquel instante no conseguía recordar.
- ¿No ibas a salir?
- Sí, después de que me cuentes qué sucedió la última vez que soñaste.
- No lo tengo claro ahora mismo, Ana.
- ¡Haz el esfuerzo!

Repitió aquella frase tres veces antes de convencerla para que se marchase. Era incapaz de recordar cuál fue la última vez que soñé. Siempre me he caracterizado por tener una memoria bastante buena, ¿por qué no conseguía acordarme? Lograba traer a mi mente sueños que había tenido desde bien pequeño, todos y cada uno de ellos bastante desagradables, sopores siempre repletos de seres mitológicos propios de la tierra en la que vivo que me decían que huyese a pie. Siempre a pie. Sin correr, sin utilizar vehículos. De aquel animal tan grande y metálico como inexistente había de huir a pie. Podía recordar que tenía seis años cuando aquellos sueños me asaltaban y ahora, cuarenta y dos después, era incapaz de traer al presente la última vez que mi subconsciente se manifestó. ¡Haz el esfuerzo! Decía constantemente mi hija.

- ¿Has conseguido recordarlo, papá?
- No.
- ¿Sabes qué he soñado esta noche? Me perdía en el desierto y encontraba a la abuela, ¿te acuerdas de la abuela Beatriz? Allí estaba, con el gorro de lana en mitad del arenal. La imagen de mi suegra a cincuenta grados tan abrigada como siempre solía hallarse me resultó de lo más cómica. Oí un pitido entonces que no procedía de ningún sitio. Los malditos resoplidos procedentes de algún tipo de esas modernas ondas como el wifi o el móvil iban a ser el maldito cáncer del siglo XXI, estaba seguro.
- ¡Cuéntame tu último sueño, papá!
- Ana, te he dicho que no lo recuerdo.
- ¡Haz el esfuerzo!

Lo hice, sabe Dios que lo hice, pero era incapaz. Mi hija, a la que parecía divertir todo aquel asunto, decidió contarme diariamente cuáles eran sus quimeras. Sin darme cuenta aprendí a conocerla mejor con ello e, igualmente sin ser consciente, comencé a obsesionarme. No conseguía recordar por una razón bien sencilla: yo no soñaba, hacía años y años que no lo hacía. De hecho, haciendo un esfuerzo sobrehumano, conseguía datar mi última quimera nocturna allá por los treinta y siete años si la memoria no me jugaba malas pasadas. Once años. Once eran las primaveras desde la última vez en la que mi mente se manifestó mientras dormía.
Lo cierto es que, si no hubiese sido por Ana, ni siquiera hubiera reparado en el hecho. ¿Cómo podía hacer tantísimo tiempo que no soñaba y no haberme percatado de ello? Leí en un gran libro que aquello no era sano. Decía algo así corno que la mente necesita un lugar en el que volcar todo lo subjetivo y absurdo que la asola y lo hacía a través de los sueños; no soñar era uno de los síntomas de estar enloqueciendo. Además, comprendí que envidiaba lo que mi hija contaba. Gracias a ella recordé lo maravilloso de soñar: cómo uno puede reencontrarse con sus seres queridos, hacer el ridículo sin avergonzarse... En definitiva, ser libre, en los sueños uno es libre y yo quería volver a serlo. En aquel instante era preso de la vigilia.
Debía dormir, estaba claro. Para lograr mi objetivo el primer medio a poner era el descanso. Sin embargo, no lo conseguía. Apagaba todas las luces, tomaba una ducha de lo más relajante, un tazón de leche muy caliente... Velas, hasta de velas llegué a inundar mi habitación para crear un ambiente mágico y propicio para el sueño. Pero no lo conseguía.

- ¡Haz el esfuerzo, papá!
- Hija mía, no lo consigo, no puedo.
- Papá, necesitas afeitarte, déjame que te ayude.
- Ana, quiero soñar, ¡necesito creer!
- ¡Haz el esfuerzo, papá!
Leí en otro gran libro que siempre soñamos, pero en algunas ocasiones no conseguíamos recordarlo. Sí, había de ser eso. Por fuerza. No recordaba lo que soñaba. Bien, en ese caso habría de dormir con una libreta a mi lado y con el despertador cada media hora, así, en cuanto llegase el desvelo, lo recordaría por lo reciente del hecho y podría apuntarlo para descubrirlo posteriormente. No logré rellenar ni tan siquiera la primera línea de la primera página que seguía a mi propia letra diario de sueños.

- Esta noche ha sido genial, papá, ¡no lo vas a creer! Me publicaban una novela, papá, me la publicaban por fin y me hacía escritora; la gente compraba mis libros, ¡quería que se los firmase!
Otro maldito pitido que no procedía de ninguna parte. Habíamos de eliminar como fuese aquellas ondas, el mundo iba a terminar en una hecatombe zombi, ¿o es que nadie más lo escuchaba?

- ¡Qué bonito hija! Seguro que algún día se hará realidad.
- ¿Y tú?
- Sigo sin recordarlo, Ana.
- ¡Haz el esfuerzo, papá!
- ¡Ana! ¡Ana, soy incapaz! ¡No lo consigo, estoy enloqueciendo!
- Vamos, tranquilo, tranquilo. Necesitas ducharte, déjame que te ayude.

La ansiedad me consumía por dentro como si se tratase de un parásito intestinal que devora todo lo que haya en su camino. La obsesión no me dejaba vivir, era insoportable, me dolía el cuerpo, me costaba respirar, necesitaba soñar a toda costa, era una cuestión personal. ¿Y si moría sin volver a hacerlo? ¿Y si ese era mi final? Mi infierno. Vivir atrapado en una eterna vigilia en la que no había espacio para lo sobrenatural, lo insensato, el reencuentro, la magia. Vigilia. Vigilia era mi epitafio.
Decidí ir a un médico. Aquello no podía continuar de aquella manera o terminaría enloqueciendo hasta el punto de ver en la realidad aquello que se suponía debía ver en sueños y dándolo por válido sin cuestionarlo.

- Doctor Freud, no puedo seguir viviendo así.
- Adolfo, los sueños son la vía regia al inconsciente, esto es bastante delicado; pero no se preocupe, por favor, intente estar tranquilo ante todo. Cada noche, antes de acostarse, piense voy a tener sueños. Hoy voy a soñar.
- No doctor Freud, créame que no sirve, ya he probado con todo.
Lloraba, lloraba como un niño pequeño que necesita los brazos de su madre, tal era mi desesperación.
- No sirve de nada.

No comprendí muy bien lo que aquel joven doctor acabó de decirme sobre destapar emociones y recuerdos enterrados y los deseos reprimidos. Quizás debí haber buscado uno mayor que él.

- Ana, siéntate, por favor.
- ¿Has conseguido soñar?
- No, hija, no.
- ¡Haz el esfuerzo, papá!
- Ana, escucha, por favor. He tomado una decisión. Voy a inducirme un sueño perpetuo. He valorado todas las opciones y es la única que tengo: sólo de esa forma podré soñar.
- ¿A qué te refieres con un sueño perpetuo?

- Me refiero, hija mía, a que voy a morir.
- ¿Qué? ¡No! ¡No, papá, no! ¡No! ¡Haz el esfuerzo! ¡Haz el esfuerzo, papá, por favor! ¡Te lo suplico papá, haz el esfuerzo!
- Es imposible, Ana.
- Haz el esfuerzo, papá, hazlo, por favor. Hazlo por mí, hazlo por todos los que te queremos, ¡haz el esfuerzo papá, por favor!

Mi hija lloraba desconsolada, pero yo había tomado una decisión irrevocable. Necesitaba soñar y, a todas luces, aquella era la única manera; yo no tenía opciones.

- Haz el esfuerzo, papá.
Me dispuse a hacerme con un bonito traje que me acompañase durante la eternidad.
- Haz el esfuerzo, papá.
Pino. Siempre he adorado la madera de pino. Qué maravilloso olor... y ¡qué buen humor tenía! ¡Al fin iba a soñar!

- Haz el esfuerzo, papá.
Sin llantos, no quería una sola lágrima, al fin y al cabo, ¡iba a ser el instante más delicioso de mi existencia!
- Haz el esfuerzo, papá.

Por fin llegó el día y me recosté dulcemente para abrazar la inmortalidad del sueño. Qué placer, qué placer tan extremo... Qué agradable la sensación que me invadía, me hacía caer, y caer, como si al soltar el aire mi cuerpo se encogiese para después estirarse siempre hacia abajo, hacia un abismo divino y etéreo en el que poder soñar. Y al fin... Al fin estaba soñando. Un sueño un tanto extraño en el que me encontraba en una habitación de hospital conectado a muchas máquinas, pero aquello era lo maravilloso de los sueños, lo incoherente de los mismos.

- ¿Papá? ¡Papá! ¡Papá, has despertado!
Mi pequeña hija Ana se encontraba allí, en mi sueño, pero qué curioso lo disparatado de estos que ya no era una niña si no una mujer.
- Hola hija.
- ¡Papá! ¡Papá! Papá ¿recuerdas algo? ¡Llevas once años en coma tras un accidente de tráfico!

Qué bonito lo irracional de los sueños... En coma durante once años, decía mi dulce niña.

- ¡Oh papá! ¡Has hecho el esfuerzo! ¡Sabía que lo conseguirías!
Mi pequeña niña... No se atrevía a tocarme según ella por las máquinas... Pero es lo que tienen los sueños... Son tan hermosos corno irracionales.

EL DIARIO DE UNA SUICIDA

Elena Polo Domínguez
Categoría Juvenil

Lágrimas y más lágrimas, ojos hinchados, oscuridad, gritos ahogados, voces en mi cabeza y un ser en el cuál me acabé convirtiendo, y ese ser es... una suicida.
La vida trata de vivir emociones corno la alegría, la frustración, la tristeza, el amor... Experimentamos sensaciones, cometemos errores de los cuáles aprendemos y vemos el mundo de una forma única e inexplicable, porque no se puede definir por palabras, ni gestos; si no por emociones vividas a lo largo de nuestra vida.
Alegría: una sensación de positividad y alegría en todo tu ser.
Amor: sentimiento intenso de atracción emocional y sexual hacia otra persona.
Tristeza: el ahogamiento en uno mismo, el arrepentimiento o el ser incapaz de expresar cómo te sientes, el creer que el mundo se te caerá encima o el pensar que todo es tu culpa.
Existen muchas más emociones las cuáles podría explicar u opinar, pero solo hablaré de una la cuál describe todo mi ser, la tristeza.
Muchos dicen que hay que ser feliz, pero yo me pregunto, ¿qué es la felicidad? Casi todos dicen lo mismo “es un sentimiento como la alegría, la cual solo hay que buscarla para encontrarla”, puede que sea eso, pero yo no comparto esa opinión. Pienso que la felicidad no se busca y tampoco es un sentimiento, la felicidad somos nosotros, somos uno mismo. Es tan fácil de explicarlo, pero tan difícil de entenderlo. Yo no soy feliz, porque no soy yo misma, no soy quien quiero ser.
A veces pensamos que con solo sonreír ya somos felices, pero en ocasiones una sonrisa puede esconder mil impresiones, o una mirada penetrante puede que te esté pidiendo ayuda. Casi siempre contra más amplia y grande sea esa sonrisa, más rota esta por dentro esa persona. Un ejemplo de ese tipo de personas soy yo.
De lo que más acomplejada estoy es de mi físico. Mi cuerpo hizo que esta tortura comenzara. He pasado por todo esto por el simple hecho de estar gorda.
“Estas gorda”, dos palabras, un espejismo, llantos, dolor...
Nunca me he parado a pensar si las que caemos en esto, realmente tenemos unos

kilos de más. ¿Los tendremos?¿0 simplemente nos dejamos guiar por estereotipos baratos que nos venden en revistas y televisión? No sé. Demasiadas búsquedas en Google de como adelgazar, terminadas en “ayuno”.

No sabía la existencia de esa palabra hasta que me informé de como adelgazar rápidamente. Claro, perdí peso. Todas perdemos peso si no comemos. Pero, ¿dónde está la letra pequeña? ¿Dónde está escrito que me obsesionaré con adelgazar más y más?¿Dónde pone que se me irá la menstruación? ¿Dónde?¿Quién que me explica que me desmayaré? Nadie, solamente pone “adelgazaras”. La palabra mágica, la palabra que a todos nos lleva a tirarnos por a la borda. No nos damos cuenta de que elegir ese camino, es elegir entre la vida o la muerte. No me refiero a morir literalmente, me refiero a vivir muriendo, vivir sin ganas, vivir sin fuerzas. Caminar y sentirte pesada, mirarte al espejo y pensar “necesito más”. Prometes parar, dejarte de hacer daño, quererte.

Es difícil, difícil elección. Una cabeza dividida en dos partes, la que te quiere matar y la que quiere que vivas. La que te dice “pide ayuda” y la que te dice “nadie te quiere por gorda”. Una obsesión que no te deja vivir. ¿Sabes cuál es mi problema? Quiero ayudar a todo el mundo, sabiendo que quien más necesita ayuda soy yo.
Espejos, básculas, llantos, “eres una foca deja de comer”, “mamá, estoy bien”, “mamá, yo como”, “mamá, no me pasa nada”, “tranquila mamá, yo siempre estoy bien y no me pasa nada, porque mi única obligación es estudiar”.
Duele, duele no llegar a tu meta, duele sentirte inútil, duele ver que no sirves ni para lo que deseas conseguir. Tú puedes, te lo dices a ti misma, cuando llegue a mi meta pararé. Pero no paré, seguí. Seguí haciéndome daño, queriéndome menos, pensando que con uno kilos de menos me querría más.

Supongo que nadie lo entiende. Siempre decía, “un poco menos”, “solo quiero un poco menos” y al final pesaba un dichoso gramo más, por lo que me odiaba, iba a correr y me despertaba en casa. Mi madre estaba preocupada, “¿qué ha pasado, hija?”, “nada, mamá”, “te has desmayado, ¿has comido?”, “claro, mamá”. Mentiras, lágrimas, ¿y todo para qué? Para acabar con un diagnóstico que te marcará el resto de tu vida, el cual me llevo a cortarme.

Cada corte es por una razón diferente: este porque no te quiere nadie, este por inútil, este por inmadura, este por gorda ... Todas mis cicatrices cuentan una historia, una guerra contra mí misma, cada lágrima que resbala por mi rostro muestra un toque de mi sufrimiento. No es que crea que estoy loca y que todo es una locura, es todo lo contrario, es un alivio, un descanso que te hace sentir más dolor físico que psicológico. Es un dolor en el cuerpo que se convierte en adicción, pero los cortes te dejan más aliviado en cierto modo, y como cualquiera que haya hecho esto tipo de cosas me entiende, una vez que empiezas ya se hace casi imposible parar. Estas personas como yo, lo hacemos generalmente porque nos parece normal, algo que nos hace sentir bien, pasarse la noche cortándose y por la mañana salir con una sonrisa para que la gente no pregunte.

Tumbarse en la cama con los cascos y empezar a comerte la cabeza, pensar que todo lo que haces es inútil como tu mismo. Tienes ganas de tirarlo todo, gracias a esas personas que te hacen sentir basura, una asquerosa basura. Te pones la canción que más te raya, la que te hace llorar. Al llegar al estribillo coges la cuchilla y piensas en todo lo malo de ti.

Cuando te vas a dormir, sueñas que estas sola, en el suelo muerta y nadie llora por ti. Te despiertas sin ganas de otro día y el que posiblemente sea el último, no es una amenaza, es una mentira que acabara siendo cierta.
Para salir a la calle te pones mil y una pulseras para que no vean los cortes, blusa o chaqueta. Tienes miedo a decir adiós. Tal vez algún día puedas superarlo, pero, ¿y si no?¿Y si te pasas el resto de tu vida llorando y cortándote?
Mamá, quisiera pedirte perdón por ser la hija más patética del mundo, la más desordenada y maleducada, por ser el ridículo de la familia, por mis malas notas, por todo. Pero además quisiera decirte, que a veces los hijos necesitamos un abrazo más que un regaño.

Se que te doy vergüenza. Te juro que pararé, aunque sé que no lo haré. Luchas para parar, esperas que esta tortura acabe pronto, te debates entre la vida y la muerte. Pero cada vez te sientes peor, te ves peor... ¿Algún día lo superaré? Llega un momento de tu vida, en el que lo único que pasa es el tiempo. Las agujas del reloj se mueven, escapan de ti. Cada mes parece una década más que has superado, pero a la vez miras hacia atrás y notas como se te escurre entre las manos, como ha pasado tanto desde que el mundo avanza pero tú no.

Miras el segundero avanzar rápido al tiempo que la milésima lágrima cae, y tonta de ti, empiezas a pensar en cómo sería un futuro sin tener que estar así, y notas cómo las cuerdas te rodean, y te ves terriblemente asustada, pero atada a la aguja del reloj.
Angustia, la angustia te llena, te acompaña, te arropa. Empiezas a ver los días como retos, y lloras para pasar las noches que solían ser tu refugio cuando aun podías dormir, sonríes para pasar los días, te abrazas cuando estás sola para volver a sentir, ríes chistes malos, asientes a preguntas tontas y consumes cafeína sin parar porque ahora dormir ya no es seguro, ahora la pesadilla te sigue no solo en realidad.
No sabes por qué sigues, pero sigues, estas siguiendo, lo estas intentando y eso está bien según todos, pero, ¿según tú? Según tú seguir es lo que más duele en el mundo, y no quieres, quieres que se acabe ya, quieres descansar y no encuentras donde ayudarte para ello. La ayuda tarda, la ayuda se alarga, pasan los meses y sigues, sigues igual, pero claro, hay que avanzar. No puedes decidir cuándo empezar la historia de tu vida, pero está en tus manos cuando acabarla. Aunque a veces hay cosas, o más bien personas que te atan a seguir viviéndola por miedo a lo que les pase si te vas.
Eres muy prescindible, pero aun así dicen que no, y tú al fin y al cabo les escuchas, porque aunque ellos no te atasen, recuerdas que te sigue atando el reloj.
He gritado en el completo silencio, en la profunda noche. Esperando que alguien me rescatase, a que alguien llegara, me tendiera la mano, yo se la agarrase y me sacara de aquí. Pero era solo un sueño, jamás saldré de aquí. Y no os molestéis en preguntarme

a qué me refiero con aquí, porque ni yo lo sé.
Es un agujero oscuro, enorme, con paredes, que poco a poco se van estrechando hasta acabar conmigo. Hace mucho que se rompieron los hilos, los supuestos hilos que manejaban mi vida, los cuáles supuestamente manejaba yo. Esos hilos se rompieron, o simplemente jamás existieron, no lo sé.

A mi me dicen que sonría, y así acabaré siendo feliz, pero, ¿de verdad quiero la felicidad? No lo sé, me he acostumbrado a esto, a la oscuridad, a la soledad, a esas paredes, a ver todos los días los hilos rotos. Ver mi vida desvanecerse y desangrase poco a poco. Porque ya me he acostumbrado a la rutina, y no hablo de la rutina de despertarse feliz, vestirse, desayunar, ir al instituto contenta para ver a tus amigos, volver a casa, hacer los deberes y después descansar toda la tarde. Hablo de la rutina de levantarme fingiendo ser feliz, vestirme, desayunar, ir al instituto fingiendo ser feliz para ver a mis amigos que en realidad son imaginarios, volver a casa, hacer los deberes y después encerrarme en mi cuarto a llorar toda la tarde, intentando hacer que esto acabe de una vez.
Porque la gente, al ver el más mínimo intento de conocer a alguien para ayudarte a salir del agujero en el que te encuentras, te lo arrebatan, te arrebatan a esa persona, y te vuelves a quedar sola por enésima vez.

Ya hace días que no me molesto en gritar, porque sé que nadie vendrá, a veces pienso en intentarlo, pero me doy cuenta de la consecuencia de ser feliz. Que cuando eres feliz, la caída de vuelta al agujero es aún más dolorosa que la primera. Por eso, ¿yo de verdad quiero la felicidad? ¿De verdad quiero sonreír sin fingir? No, no creo. Paso de ser feliz, porque total, ¿a quién le va a importar? Aunque hayas dejado de vomitar, de llorar frente al espejo, de odiarte, de pensar en morir. Siempre seguirás siendo lo que fuiste; una suicida, autolesionaste, anoréxica, bulímica... Porque nadie escapa de lo que es. El pasado se supera pero no se borra, y siempre en esa cabeza tendrás la ansiedad de recaer.

Ya ha llegado el día en el que todo esto acabe, el punto y final de mi historia.
Escribo esto mientras veo como la sangre acumulada en mis muñecas y piernas caen al frio suelo de mi habitación. Este es el momento en que me doy cuenta de que mi piel se ha convertido en papel, la cuchilla en pluma y la sangre en la tinta con la que mi cuerpo se tiñe de rojo.

Todo esto acompañada de mi fiel compañera la cuchilla. Un simple metal, fino y afilado, que ha hecho de mí una persona envuelta en líneas rectas, líneas que al fin y al cabo se convirtieron en “soluciones” que no llevaron a ningún lado hasta hoy.
Solo espero que a nadie le ocurra esta situación y que todo esto sirva de reflexión para todas esas personas que pasen por esto.
No me extrañéis si nunca lo hicisteis y sobre todo, mamá, no te culpes por mi muerte porque esto ya se veía venir, por eso soy la chica suicida y está es mi última carta escrita en mi diario.

CALCETINES

Salma El Hachimi Martínez
Categoría Infantil

Un gato maullaba en la azotea. Puse el pié en el suelo con la esperanza de rozar la hierba fresca del campo, cuando abrí los ojos vi que estaba en mi habitación. Me asomé a la ventana y vi al gato, era de color gris con manchas blancas en sus patitas. De pronto el gato salió corriendo, yo me asusté un poco, porque pensaba que me iba a hacer daño. Sonó el despertador, era la hora de ir al colegio. Me vestí rápido y bajé las escaleras para ir al salón. Mi madre estaba en la cocina preparando el desayuno, pero mi padre seguía dormido. Fui a la cocina, le dije a mi madre buenos días y volví al salón. Estuve pensando como se sentiría al ser un gato. Mi madre me llamó diciéndome que ya estaba el desayuno listo. Había preparado tostadas y zumos de naranja. Encendí el televisor y salió el canal de noticias. Decía que habían atracado un banco y se habían llevado todo el dinero. Cuando terminé de desayunar cogí mi mochila y me fui al colegio, pase al lado de la Fuente de los Caños siguiendo recto hasta la gasolinera. Yo estaba en cuarto de primaria, en el edificio La Estación. Mi maestra se llamaba Elena y era muy divertida.

En el colegio pasé la mañana pensando en el gato y en el atraco. Dibujé varios gatos en los márgenes de mi cuaderno de Matemáticas y un ladrón, con un saco y un antifaz, que le tapaba parte de la cara, en la última hoja del cuaderno de Lengua.
Cuando salí del colegio, quise pasar por el banco, para ver cómo podría entrar un ladrón sin que nadie se dé cuenta y robar todo el dinero. El banco estaba cerrado.
Llegué a mi casa, almorcé con mis padres y me puse a hacer las tareas del colegio. Como eran muy fáciles, las hice rápido, para así tener tiempo de dar una vuelta, con mi bicicleta, por toda Gerena. Pasé por la cueva de Periquillo el de los Palotes. Y allí, subido a la piedra más alta, estaba el gato gris. Me miró fijamente a los ojos. Me dio miedo.

Parecía que el gato me conociera de algo y me estuviera persiguiendo todo el rato. De repente, desapareció. Miré a mi alrededor y no había nadie, absolutamente nadie.
Pedaleé con todas mis fuerzas para subir la cuesta y llegar a la Iglesia. En la Iglesia tampoco había gente. Las puertas estaban abiertas de par en par, me acerqué despacio, sin hacer ruido. Escuché un maullido. Miré para atrás y ahí estaba el gato. Cogí mi bicicleta rápidamente y me fui pitando de allí. Bajando la cuesta, del Barrihondillo, me encontré a mi amiga. Nos saludamos. Me preguntó qué hacia yo por allí y le contesté que estaba huyendo de un gato gris. Ella me dijo que estaba loca. Yo le insistí en que era cierto, pero ella no me creyó.

Volví a mi casa un poco enfadada porque mi amiga no me creía. Mis padres no estaban en casa, encontré una nota diciendo que habían ido a un lugar muy importante. Pensé que seria algo de trabajo. Subí a mi habitación, y me puse a leer un libro. Un rato después escuché unos sonidos en la puerta, fui a abrir, pensé que sería el gato. Eran mis padres, habían vuelto de ese “sitio importante”. Les pregunté dónde habían ido y me contestaron:
Hemos ido a la empresa de trabajo de papá.
Eran cerca de las 20:00, se hacía tarde. Volví a mi habitación para seguir leyendo el libro.

Al día siguiente, me levante creyendo que llegaba tarde al colegio, pero no había colegio. ¡Era sábado! Me quede en mi habitación mirando la ventana para ver si me encontraba una vez más al gato gris. Me subí al tejado, desde allí se podía ver toda Gerena, era todo muy bonito.

A la hora de almorzar estuve preguntándoles a mis padres cuál era su animal favorito. A mi madre le gustaba el tigre y a mi padre la serpiente. Esa noche soñé que mi madre era un tigre y mi padre un serpiente, y yo el gato gris. Estábamos en la selva, era toda verde y llovía sin parar. Caminábamos tranquilamente entre las plantas y los árboles gigantes. De repente varios monos fueron a atacarme, pero rápidamente mi padre serpiente les mordió y mi madre tigre le rugió. Me desperté muy deprisa porque tenia mucho miedo. Estaba sudando y tenía la garganta seca. Fui a la cocina a beber un vaso de agua, miré el reloj y comprobé que eran la 1 de la mañana. Comprendí el mensaje del sueño:

“Que por mucho miedo que yo tuviera miedo, mis padres estarían allí para protegerme”
Me fui a la cama y me dormí tranquilamente. Cuando ya eran sobre las 9 y media, me desperté, me vestí y baje para desayunar. Decidí ir a dar una vuelta al berrocal, antes de ir, me encontré a un señor que tenía una red y dentro de la red estaba el gato gris, no me atreví a decirle nada al señor. Le eché una foto al gato con la cámara rosa que siempre llevo porque me encanta hacer fotos Me dio un poco de pena porque a mi no me gusta que se lleven animales a la perrera o que los maltraten. Seguí mi camino hacía el berrocal, llegué hasta el río de Gerena. No podía dejar de pensar en

el pequeño gatito gris. Cuando llegué a mi casa, le dije a mi madre todo lo ocurrido, mi madre no me creyó, pero le enseñé la foto y me dijo que si me había fijado en el nombre de la perrera que ponía en la furgoneta. En la foto se veía un poco del nombre. Mi madre la saco por la impresora pero salía muy borrosa entonces con un programa de ordenador pudo ampliar la imagen y descubrir el nombre de la perrera donde se habían llevado al gato. El nombre era “Ayandena” Mi madre, mi padre y yo fuimos en busca de ese gatito, primero buscamos en internet donde se situaba esa perrera decía que se situaba en Sevilla, Nos dirigimos a la perrera, con la esperanza de encontrar allí al gato.Cuando llegamos el encargado nos informó que habían cogido un gatito gris aquella mañana pero que se les había escapado y no sabían donde podía estar. Nos ofreció otro gatito pero yo no quería porque por alguna extraña razón me sentí atraída por aquel gato gris. Cuando regresábamos a casa nos paramos en un bar que tenía una terraza que era muy bonita. Mi madre se pidió un sardina asada, pero yo no tenía hambre por el disgusto de no haber encontrado al gato de mis sueños. Cuando nos marchábamos, un ruido de plato roto nos hizo mirar hacía atrás. Y allí estaba el gatito comiendose los restos de sardina que había dejado mi madre en su plato. Me alegré tanto que empecé a llorar de la emoción y mi madre con mucho cuidado se acerco al gatito y lo cogió. Nos lo llevamos a casa. Le dimos de comer y de beber, le buscamos una cajita con arena para que hiciera sus necesidades. Mi madre dijo que fuese pensando un nombre para él. Esa noche estuve pensando el nombre del gatito pero no se me ocurría ningún nombre. Al día siguiente no encontraba al gatito mire en mi cajón de los calcetines y allí estaba con un calcetín en la cabeza. Por eso y porque tenia como unas manchas blancas en las patitas le llame “Calcetines”

José Ramón Martínez Oyola

LOS REYES MORTALES

Juan Andrés Moya Montáñez
Categoría Adultos

Cuando el otoño cubría los prados con su lienzo lóbrego y las lechuzas ululaban destempladas, Lahore centelleaba con el guiño de sus velones y el resollar de los inciensos. Lahore, la ciudad sagrada, madre de todas las capitales. Era al imperio lo que a la planta la flor: la materialización de su efímera belleza, ese instante de eternidad por el que retorcer las raíces hasta la extenuación cobraba sentido. Y de entre todas las joyas que engastaban su corona, una centelleaba más sublime que ninguna: el mahal del emperador. Se aupaba sobre la llanura como un cerro de alabastro. Al atardecer, se incendiaban sus muros níveos en un rojizo extraordinario y se preguntaban los aldeanos si no habría el Supremo honrado a Lahore con dos estrellas: una ardiendo en el horizonte, otra hirviendo sobre la ciudad.

Una tarde ajetreada, por los pasillos del palacio susurraban unos pies enguantados en cuero y de las ventanas pendían rumores de lavanda y limón. Salima, responsable última de toda la servidumbre, bullía con el tremor de cien labores por hacer y otras cien por conminar.

¡Anarkali! —exclamó con su voz carrasposa—. ¡Ven aquí!

Dos ojos de esmeralda asomaron tras la columna. La tez rojiza, reluciente de puro trajín, y la boca como una granada a punto de florecer.

-¿Sí, señora?

-¿Has estado alguna vez en el hammam del príncipe Nuruddin?

-No, señora —Un rubor en la mejilla.

-¿Sabes dónde está?

-Sí, señora, en unas de las…

-Ve inmediatamente allí —interrumpió con impaciencia—; en la entrada hay una bandeja con ungüentos y afeites. Aplícalos en el cabello del príncipe. Antes de que se endurezca, enjuágalo con agua de jazmín. Después, márchate.

-Pero, yo…

-No te dirijas a su alteza, no levantes la mirada y no disturbes su reposo ¿Lo has entendido?

Una genuflexión por toda respuesta.

-Ahora, ¡ve!

Se apresuró la esclava por los pasillos de jaspe con los puños muy cerrados. La tela de su sari rozaba nerviosa las esquinas de las columnas y se entretenía por las cascadas de las escaleras. La estructura ósea del mahal parecía mecerse en los salones. Grandes candiles derramaban una luz licuada por las paredes que rielaba en mil colores en los ventanales. Y el ala que pertenecía al príncipe Nuruddin no era sino una fracción del palacio.

Del ojival que llevaba al hammam emanaba un bálsamo térreo, como una lengua salada que ansía aire fresco. Anarkali escudriñó su interior y contuvo el aliento. El resplandor mortecino de velas a medio sucumbir reverberaba en la bóveda de baldosas: un enjambre de luciérnagas atrapadas en merengue. Las columnas se izaban en pos del firmamento, atravesadas por riachuelos de lapislázuli y azabache. Dominando la estancia desde el centro mismo se erguía rotunda la bañera de mármol albino. Y en su interior remoloneaba Nuruddin.

Tal como había prometido Salima, en el suelo, sobre una bandeja de estaño, brillaba el cristal de los ungüentos. Un bochorno embriagador perló de guiños la piel de la esclava. En silencio se deshizo de las babuchas y, a través de la neblina, inspeccionó el perfil del príncipe. Los ojos bailotearon nerviosos, demasiado acobardados para contemplar su rostro, demasiado ansiosos para contenerse. La sangre le latía en la boca.

Con los labios ceñidos avanzó Anarkali hacia el interior del hammam, rindiéndose a su fragrante calima. Vislumbró primero la piel de azafrán en las manos de Nuruddin, como enraizadas sobre el mármol. Se demoraban los dedos somnolientos de humedad, esbeltos, delicados. Al peldaño de su muñeca venían a desembocar regueros de sudor llorados hombro abajo. Azorada, Anarkali apartó la mirada. Pero los párpados quisieron pecar de arrojo. Por vez primera contemplaba de cerca al heredero. Nuruddin, el hijo del imperio, luz de toda fe. Lo había imaginado gigantesco, como un peñón sobre el mar, aterrador y vengativo; un dios hecho carne con el apetito de sus congéneres etéreos por el sufrimiento ajeno. En sus fantasías de pueblerina, había esculpido al príncipe en piedra y bronce, lo había dotado de un aura insoportable, el brillo de mil soles espléndidos. Y, sin embargo, frente a sí lo tenía; tan carnal, tan menudo, tan concreto. ¿Cómo podía una ralea tan grave morar en un templo tan sutil? ¿Cómo lograban los límites de su cuerpo contener la magnificencia de su linaje?

Vacilante, Anarkali se arrodilló junto a la bañera, detrás del príncipe. La cascada de sus bucles resbalaba en tropel por la espalda, lamiendo la piel del cuello y la superficie del mármol. Impregnándose las manos de aceites, acercó los dedos al cabello con recelo, esperando un crujido del aire, una descarga, tal vez. Pero encontró su melena mansa y dulce. En los labios de Nuruddin se cristalizó un suspiro. Tomando otro frasco de ungüento, ungió al príncipe con jugo de almendra. Pronto los dedos eran todo óleo

y el óleo era casi arcilla. El siseo de los mechones untados en tierra se opuso al hervor de los vapores aromáticos, y príncipe y esclava compartieron silencio sumidos en una modorra de puntas redondeadas. Pareciera que el tiempo se hubiese desplomado, exhausto, sobre la tierra; que las estrellas se hubieran cuajado en esa tela de brea que era el cielo nocturno; que los velones hubieran contenido la respiración durante un segundo infinito. El loto entornó sus pétalos en bostezos.

A Nuruddin se le antojaron confusas las fronteras entre presente y pasado, día y noche, verdad y falacia. Deber y poesía. Y, elevando una voz aletargada, comenzó a recitar:

-Porque tu semblante es el último ídolo, yo me he convertido en idólatra.

El verso afloró de los labios del príncipe como un susurro, tan quedo, tan flemático. Las palabras rodaron por la pendiente del adormecimiento y las sílabas vibraron en el vértice de su lengua con un temblor de sueños y anhelos.

-Porque de tu copa fluyen los vinos —continuó con los párpados cerrados—, ahora estoy embriagado. Ante la presencia de tu amor, yo me he vuelto inexistente. Y esta ausencia junto a ti es mejor que todas las existencias.

La dicción del príncipe hechizó a Anarkali con su tañido acaramelado. A medida que se adentraban sus dedos por entre los rizos del heredero, la palma de la mano se abotargaba con la esencia de la miel. Una quemazón sin nombre comenzó a treparle por las yemas hasta tocar las muñecas, hirvientes, para encaramarse después a los codos y a los hombros con un fuego inaguantable, hasta asfixiarla, hasta abrasar el centro mismo de su cuerpo. Y justo entonces comenzó a recitar a la par que el heredero:

-En el jardín de las orquídeas y las rosas, anhelo ver tu rostro. En el sabor de la dulzura, anhelo besar tus labios. En la sombra de la pasión, anhelo tu amor.

Nuruddin calló ante el canto de Anarkali.

-Me abruma la magnificencia de tu belleza y desearía contemplarte con cien ojos. Me avergüenza llamar a este amor humano. Y el temor a Dios me impide llamarlo divino.

El arrullo de su propia voz, envuelta en el silencio, sobrecogió a Anarkali. Sin ser consciente de ello, había enmudecido el soliloquio de Nuruddin. Sintió la esclava un vértigo inmenso; le palidecieron las mejillas y el viso de los pómulos se tornó amargo.

-Oh, discúlpeme, Alteza. Lo lamento muchísimo —tartamudeó con la cabeza gacha.

Los hombros de Nuruddin emergieron de la bañera.

-No, no te disculpes. No tienes por qué hacerlo.

-Lo siento tanto —insistió la esclava con un temblor en la voz.

-¿Por qué ibas a sentirlo? Son los versos de un profeta. Su palabra es siempre bienvenida. —El príncipe titubeó por un instante—. ¿Quién te los ha enseñado?

A Anarkali le atronó el corazón y una timidez precavida le anudó la punta de la lengua.

-Por favor, no tengas miedo de mí. Dime, ¿cómo los has aprendido? —insistió él.

-Mi padre fue el aprendiz de un gran maestro en Shahdara, un hombre santo —dijo en un suspiro—. De él aprendió sánscrito y urdu. Le enseñó a admirar la pintura de Farrukh y la poesía de Jalal ad—Din Rumi. Me recitaba todos sus poemas de memoria.

Un relámpago atravesó el cielo en los ojos de Nuruddin y, tras ello, sus párpados parecieron abatirse.

-¿Puedes recitar tú también sus poemas de memoria?

La esclava vaciló.

-¿Podrías continuar? —insistió el príncipe.

-Majestad, yo…

-Por favor, continúa el poema que habías comenzado. No sabes cuánto me satisface oírlo en tu voz.

Un rubor y un estremecimiento en el rostro de Anarkali. Tras el nerviosismo, aceptó.

-Por supuesto, Majestad. Será mi privilegio.

Los dedos volvieron a extraviarse en la cabellera parda de Nuruddin y las palabras brotaron impregnadas en melaza.

-¡Oh, amante supremo! Permíteme despreciar mis tribulaciones. Las flores han brotado con la exultación del espíritu…

A medida que los versos desnudaban su pureza y reverberaban una y otra vez en el armazón del hammam, el cuerpo del heredero se hundía más y más en la bañera. Las aguas aromáticas tintadas de espuma chascaban con cada beso de su piel.

-… Por Allah, anhelo escapar la prisión de mi ego y perderme en las montañas y en los desiertos. La gente solitaria y triste me agota…

Anarkali contemplaba abstraída la figura de Nuruddin. La indulgencia con la que los hombros parecían flotar sobre la plata líquida que los guarecía, el trazo de sombra que se derramaba por la espalda, la prominencia de sus rodillas desnudas, tan desvalidas en su soledad, tan expugnable la una sin la otra.

-… desearía deleitarme en la borrachera frenética de tu amor y sentir la fuerza de Rustam en mis manos…

Imaginó el brillo del abdomen bajo las aguas. Rastreó en sus delirios la curva de las caderas, cubiertas de una piel tostada. Intuyó la cualidad del vientre, las colinas que confluían al sur del pubis, la umbría y la espesura.

-…eres la esencia de la esencia, la intoxicación del amor. Quiero cantar las alabanzas de tus virtudes, pero te observo enmudecido, con la agonía del deseo en mi corazón.

Concluido el poema, el príncipe exhaló con el pecho cargado de una emoción que no lograba identificar. Había en él una paz lisonjera, como un ronroneo que sentía en el estómago. Y ese súbito silencio en el hammam, sin la voz de Anarkali, le resultaba tan devastador como exquisito. Ni el aire se atrevía a respirar para no incomodar al sosiego.

Anarkali se inclinó hacia la bandeja de estaño y tomó el recipiente con agua de jazmín. Una última gota resbaló de su dedo índice y resplandeció al estrellarse contra el suelo.

-Debo enjuagar su cabellera, Majestad.

Nuruddin asintió con un arrullo profundo.

Cuando la esclava descorchó el frasco, una brisa de deliciosa complexión arreció en la estancia. Escrupulosas las manos que vertían el extracto sobre el heredero. Por las sienes desembocaban arroyos de un incienso licuado que le empapaban las pestañas. El abismo entre las clavículas quedó anegado en una saliva dulzona. Por las escápulas lloró la belleza.

Nuruddin permitió que el peso del cabello mojado lo arrastrara hasta el fondo de la bañera, para brotar un instante después cubierto de un corsé hecho de plata y de luz. Anarkali apartó la mirada cuando las piernas del heredero tocaron el suelo vestidas de agua.

-Sécame -ordenó.

Sin levantar la cabeza, la esclava inspeccionó de soslayo las hornacinas del hammam en busca de un lino con el que secar al príncipe. Tomó el primero y, al girarse, contempló la esbelta desnudez de Nuruddin. Las llamas de los velones tiritaban en el lienzo de su espalda y por la tensa elipse de los glúteos lloviznaba una humedad tardía. Los muslos rezumaban un sudor acanelado. Anarkali parpadeó embelesada.

Atravesó los escasos pasos que la separaban del heredero tan inquieta como turbada y, por fin, se asomó a esos dos ojos como dos lunas que le adornaban la cara. Durante la eternidad de un instante, se sostuvieron el uno al otro con la impaciencia de un deseo insaciable. El pómulo de él parecía encajar perfectamente en la redondez etrusca de ella. Los labios ávidos de la esclava amansaban las pupilas adamantinas del príncipe. El vapor vendaba sus cuerpos como un sudario centelleante.

Anarkali postró la rodilla frente a Nuruddin y desdobló el paño de lino sobre sus pies. Tanteó la angostura de los dedos, el alabeo apenas pronunciado del empeine, nublado por una pátina de fino vello. Ascendió la pilastra de la pierna hasta alcanzar la pantorrilla y percibió la severidad del hueso bajo la rótula. Continuó turbada su ascenso hasta encontrar en las corvas una humedad calurosa. Al enfilar los muslos sintió quebrada su determinación. Advirtió un ligerísimo escalofrío en la piel espinosa del heredero. Al sur del génesis, titubeó.

-No tengas miedo —la animó Nuruddin—. Continúa.

Con un cabo del paño enjugó el relente del pubis y la fricción ensortijada vibró en la yema de sus dedos. Aspiró su perfume acedado. Adentró el lino allende la oscuridad entre las piernas y admiró la piel que se deshace de otra piel con un beso de agua. Una llamarada le escalfó la muñeca al rozar su virilidad. Y de nuevo el aroma de su hombría temprana, su prometedora lozanía. En el vientre holló tierras de plácidas colinas, apretujadas a la sombra del ombligo. Una pelusa rala la guio por senderos que trepaban hasta el pecho y percibió la protuberancia de las clavículas bajo un cuello que olía a sal.

-¿Cuál es tu nombre? -preguntó Nuruddin.

Anarkali izó la mirada. Deseó de súbito poder malgastar sus noches por entre esos bosques sombríos que albergaba en las pupilas, amanecer sobre las brasas de su boca y despertarse recostada sobre su sofoco. Comprendió con esa claridad exclusiva de los sueños que le empujaba la sangre a idolatrar a Nuruddin, y supo también que de su veneración nacerían días sin esperanza. En Nuruddin se inmolaría el núcleo mismo de su alma.

-Anarkali —susurró—. Mi nombre es Anarkali.

Y en ese intercambio de nombres presintió un algo litúrgico. Poseer en los labios el nombre del heredero y que él guardara en la lengua el suyo le resultó en exceso carnal. El vértigo le perforó los oídos y la templanza.

Como para enfatizar lo ruinoso de su pensamiento, una frialdad inhumana llegó desde la puerta del hammam y le erizó las perlas de agua sobre la piel. Un helor inhóspito bostezó entre el príncipe y la esclava. Allí, fruncida y turbada, como un desgarro sobre el terciopelo, permanecía Salima. En el regazo portaba la vestimenta del heredero.
A través de la calima escrutó la confusión de unos ojos que se descarrían en otros ojos, la proximidad de dos cuerpos volátiles, el éxtasis y la agonía. Anarkali advirtió por fin su presencia y su repentina genuflexión provocó un tintineo de los rizos sobre el rostro. Tal que una niña con las manos embarradas, sintió que llevaba el peso de la culpa en la mirada y debía ocultarla a ojos de Salima.

-Alteza, el emperador demanda su presencia de inmediato —informó con severidad.
Nuruddin ensució su expresión.
De acuerdo.
-Le ayudaré a vestirse.

Sin esperar respuesta, Salima arrebató con los labios prietos el paño de lino de manos de Anarkali y, con una virulencia fiera en las pestañas, expulsó a la joven del hammam. Sin siquiera mirar al príncipe, la esclava huyó sintiendo el aguijoneador entendimiento de Salima perforándole la espalda, y Nuruddin vigiló de soslayo su marcha a través de la bruma. A cada paso desfallecía una parte de su ser. Le dolió en el tuétano y en las plantas de los pies.

Cuando el borde de su sari flanqueó el arco de la puerta, el aliento se le cuajó en los pulmones. Y en el corazón restallaron los versos del poeta.

DE LA AMISTAD

José Luis Nogales Delgado
Categoría Adultos - Premio Local

Este río comete cada amanecer, iluminado por los primeros rayos de sol desde la parte baja del curso corno si prendiera una ráfaga de pólvora, la injusticia de dividir la ciudad en dos, Sevilla y Triana, para suscitar infantiles enfrentamientos. Si alguien vive en Triana y cruza el río, siempre dirá cuando regrese “me vuelvo para Triana”; los de la otra margen, que son sevillanos con el mismo gentilicio que los que cruzan a Sevilla desde aquélla, suelen nombrar la calle a la que van cuando lo cruzan, como un intento de no dar importancia a esa división accidental y evitar una distinción que no aporta nada destacable en la personalidad de ningún paisano.

Diego Alemán tiene su estudio de pintura en la calle Alfarería, 8, en Triana. Un amplio apartamento que un común amigo de la nobleza sevillana, marqués para más señas, le alquiló con la fianza de un retrato y el compromiso de que, cuando venda algún cuadro, recuerde pagarle el alquiler. Me consta que, cada vez que ha cobrado alguna obra, ha cumplido su parte de ese contrato apócrifo.

Nos conocernos desde el instituto, donde conectamos rápidamente, admirando mutuamente lo que ambos éramos capaces de hacer con un bolígrafo Bic: él dibujaba paisajes y retratos con una facilidad maquinal, casi de un solo trazo, y yo combinaba palabras intentando retratar paisajes que se convirtieran en un relato coherente. Nadie puede definimos como buenos estudiantes porque dedicábamos más tiempo a nuestras fantasías artísticas que a estudiar el ternario. A Diego le decían Pato, por lo mal que llevaba lo de correr en gimnasia y llegó a identificarse tanto con el apodo

que, cuando en algún examen era consciente de lo poco que lo había preparado, rubricaba el folio del departamento que fuera con el retrato perfecto del pato Donald. El profesor en cuestión sonreía y le recordaba que, para acceder a la Facultad de Bellas Artes, antes tenía que superar el bachillerato.

Añoro aquella libertad de la adolescencia, cuando lo único importante era lo que estabas haciendo en ese momento; te movías constantemente cruzando distintas fronteras y la despreocupación por los efectos que podía acarrear tu actitud transgresora era tan inocente que rozaba la inconsciencia.

"La única manera de sobrevivir en el presente con cordura es prescindir de comparar cualquier tiempo pasado con el día de hoy. Ya no podemos ser los mismos soldados de entonces. Esta batalla actual no puede ser librada con las armas ni las tácticas del instituto. Sobrepasados con holgura los cuarenta, el primer planteamiento es conocer tus posibilidades, delimitarlas y establecer los parámetros de tu existencia. Así es más complicado, que no improbable, que alcances la frustración".

Esta disertación filosófica sobre la vida la tengo grabada a fuego en mi memoria desde que, hace unos días, Diego Alemán me invitó a cruzar el río y cenar en cualquier sitio, que siempre era el mismo.

- Hermano, tengo que hablarte de algo trascendental en mi vida y, sobre todo, en mi muerte.

Intenté contraatacar, porque gustaba de enviar mensajes que desembocaran en la estupefacción del receptor, y no soy capaz de encontrar chistes con rapidez, a pesar de haber nacido en esta ciudad tópicamente definida, aunque por ser quien era y el momento, lo intenté.

- ¿Vas a declararme heredero de tu fortuna?- fue la ocurrencia que encontré en el baúl del gracejo y maldita la gracia que tienen algunas frases cuando detectas que acabas de cometer la mayor estupidez de tu vida, al menos ese día.

- Es una manera de verlo...-me dijo y la sonrisa abocetada que buscaba en mi memoria pasó a ser un rictus trágico de plañidera.

Ni siquiera cruzando el río que, hasta hoy, conseguía oxigenar mis ideas acodado en el Puente, como si la corriente limpiara las impurezas de mi cerebro, imaginaba qué sería ésa tan trascendente que Diego necesitaba contarme.

La última novela que acababa de publicar, y que, como en todas, él era el diseñador de la portada, estaba ambientada en nuestra Guerra Civil. Cuando le dediqué su ejemplar -era de los pocos que leen mis novelas antes de enviarlas a la editorial- consiguió desconcertarme con su comentario. “Mi padre perdió esta guerra y me concibió demasiado mayor para aprender a quererme. Ahora me toca a mí perder la mía sin nadie que me llore más que tú”. Y se fue, sin esperarme, hasta que me convocó ayer para cenar hoy. Tenía que seguir firmando libros para promocionar la novela y la cola que esperaba mi dedicatoria no me permitía abandonar y preguntarle qué había querido decir.

La impaciencia es un síntoma de debilidad e infantilismo, otra frase suya que ya ha dicho algún personaje mío, porque es mi forma de compensarle todo lo que he aprendido de él y ni siquiera es consciente de su docencia. Creo halagarlo cuando le confío que tal o cual personaje es corno él -en todas mis novelas hay alguno inspirado en su figura, ya sea por su obra como por algún aspecto de su rica personalidad- y, cuando lee el borrador y le pregunto si se reconoce en lo que le he confesado, invariablemente contesta “Puede ser”. El laconismo es otra de sus virtudes.

Me espera como siempre, acodado en la barra del restaurante Mariatrifulca, frente a un catavino helado con manzanilla aún. Nos darnos un abrazo fraternal aunque hace dos días que nos vimos. Pido otra manzanilla y brindamos por la cándida adolescencia.
La cena transcurre hablando sobre la presentación de mi novela, la concurrencia variopinta, aunque él dice que siempre predominan los esnobs capitalinos, lo contento que estoy con su portada que, a veces, es mejor que su contenido. Me riñe por mi modestia y admiración hacia su obra y sonreímos.
Tengo que reprimir mi impaciencia, que detecta mientras movemos la cucharita de nuestros respectivos cafés, porque nos conocemos desde hace más de treinta años.

- Tranquilo, Héctor, ahora con los gintonics será más fácil encontrar la fluidez de las palabras. Tampoco es para tanto.
Tres gintonics más tarde, cuando las pupilas ya aparecen veladas por la pátina de la indolencia que produce el alcohol, decide que va a afrontar el motivo de su enigmática invitación.

- He pretendido siempre ser pintor y te he dejado a ti que te enfrentes con las palabras que has dominado corno gran domador del idioma que eres. Así que no intentaré adornar la verdad: me muero, Héctor. Esas molestias que relacionaba con

el abuso de la carne, no es otra cosa que un tumor en el páncreas, tan desarrollado que, antes de proceder con la cirugía, habría que tratarlo con quimioterapia...
Estaba anestesiado por la ginebra y sólo se me ocurrió la pregunta que había visto en las películas.

- ¿No vas a buscar otra opinión? -fue una reacción inconsciente, automática, fruto de la ingravidez en que me había sumido tras su confesión, como si hubiera sido arrojado de una nave en el espacio y estuviera flotando en la oscuridad de la noche.

- Nunca me ha gustado perder el tiempo. Si es un error, me llevaré una alegría, aunque no lo creo. Pero el verdadero motivo de invitarte a cenar no es la noticia del tumor, sino que quiero encargarte mi epitafio.

Su pasatiempo favorito era lanzarme frases, proverbios o propuestas que me dejaran pasmado. Sonreía cuando captaba que nuevamente me convertía en un náufrago. Aunque, esta vez, mi salvavidas de siempre me acababa de confesar, sin inmutarse, que se moría. Me siento mayor para aprender a nadar y a construir canoas con troncos y hojas. Soy un urbanita que vive en el centro de Sevilla, acostumbrado a los ruidos inoportunos, la polución, el tráfico condensado y las distintas maneras de inventarse una procesión que tienen los capillitas de mi ciudad con la que alterar el orden normal de los días. No suelo ir más allá de donde me llevan los cuadros de Diego Alemán y, probablemente, porque parto con la ventaja de que cuento con su brújula.

- No sé si seré capaz de hacerlo -digo como leve excusa: a estas horas ya no puedo pensar en lo que voy a contestar.
Me bebo el medio gintonic que queda en mi copa y pido otro para cada uno.

- Estoy seguro de que sí lo harás. No conozco a nadie más capacitado que tú para conseguirlo.

Diego no solía dar puntada sin hilo. Lo había preparado muy bien. Tenía medido el tiempo de la cita y supo encontrar el momento acorde en que el alcohol de la manzanilla, las dos botellas de Malleollus que envolvieron la cena y el descalabro, con traca incluida, de las ginebras, había disuelto toda la química de mi autodefensa que, ahora sí, con el golpe seco y sin matices de la noticia, no era más que el anuncio de la premeditada borrachera que Diego tenía prevista para digerir el fatídico diagnóstico.
A la mañana siguiente -de la misma forma que para mí no acaba el día a las doce de

la noche, sino en el momento en que me voy a dormir, la mañana comienza cuando me levanto, si es de día, claro, aunque sean las tres de la tarde como ocurría esta vez, sólo notaba que mi lengua estaba forrada de esparto y mis pestañas debían haber soportado algunas lágrimas de plomo porque eran muy pesadas para mis párpados, que tendían a cerrarse nuevamente.

Contaba a mi favor con la resistencia soviética de Diego con el alcohol, que parece no afectarle como a los demás, y que culmina con su paternal acompañamiento hasta un taxi al que da mi dirección y paga por adelantado la carrera, con lo que mi única preocupación es encontrar la llave del portal, subir hasta el primero y, una vez cerrada la puerta, llegar hasta la cama o no; para ello, mi cerebro tiene habilitado un dispositivo de piloto automático que no ha fallado hasta hoy, aunque no recuerde nada desde la quinta o sexta copa.

Me incorporo muy lentamente para no balancear mi cerebro y que el vértigo me tumbe contra las paredes o algún mueble, e intento recuperar lo que recuerdo de la fase sobria; y rompo a llorar al instante, como el prurito de la angustia contenida en la velada. Me tumbo de nuevo y miro al techo buscando respuestas, consecuencia previsible de la resaca, un estado de ingravidez en que asumimos la derrota de una batalla a la que juramos solemnemente -salvoconducto pagano de lo que se puede incumplir o profanar- que no volveremos a acudir: no volveré a tomar una gota de alcohol el resto de mi vida; no compensa la desmembración que me produce durante varios días por un ritual que, en sí mismo, no resulta placentero y que sus molestos efectos tardan tiempo en eliminarse.

Un epitafio. ¡Menos mal que el móvil estaba en el bolsillo del pantalón y éste en el suelo, junto a la cama! Llamo a Diego para que me diga que no tiene resaca, como siempre, y me confirme porqué se me ha venido a la cabeza esa palabra.

- Estoy aún en la cama, como si tuviera resaca -me dice, lo que confirma que debe estar enfermo, que algo no funciona con la corrección de antes en su organismo-. Sí, te encargué que escribieras el mío. Ya estabas borracho y no apto para montar un numerito. Sabía que, por la mañana, me llamarías para confirmarlo; pero entre tu disgusto y el mío, no te enfadarás -nos conocemos mejor que muchos matrimonios; no espera mi contraoferta.

- Lo haré si tú pintas un cuadro, dedicado a mí, que se titule “Mi herencia”.

- Acepto -siempre va por delante de mi pensamiento. Es como si Diego imaginara nuestros diálogos y tuviera todas las variantes estudiadas.

Conoce el proceso que sigo para escribir un relato y no intentará molestarme en los próximos días. Dejo macerar las ideas sin conseguir apartarlas de mi día a día. Intermitentemente esas ideas cruzan por mi pensamiento como flechas de fuego, al igual uno de los múltiples ensayos que hizo Antonio Rebollo en las Olimpiadas de Barcelona, hasta que alguno enciende el pebetero. Anoto algo en un papel y espero a que entre de pleno la noche: los crepúsculos sólo me sirven para purificarme, no me sugieren nada creativo. Reflexiono sobre la historia hasta que del macerado surge la primera frase y buena parte del relato; incluso, a veces, tengo el final antes que el relato.

No veo posibilidad alguna de encontrar un epitafio para Diego Alemán porque tendría que imaginarlo muerto y no soy capaz. Pero sé que el cuadro que va a pintar -mi encargo-, son dos piedras semienterradas en una ladera, con un río al fondo y un puente que pasa por debajo de la corriente de agua...

EL JUEGO DE DURAMA

Águeda Crespo Mora
Categoría Juvenil

La clase de Matemáticas se me está haciendo eterna. Solo oigo voces a lo lejos, y el profesor no ha parado de hablar durante toda la clase. Por suerte cuando termine esta tortura podré irme a casa. Oigo un golpe seco en la mesa.
Mia, llevas toda la clase distraída y mirando por la ventana. No es la primera vez que te llamo la atención por eso. Ven, vamos un momento afuera.
Era mi profesor, y parecía preocupado.

- Escucha, estoy un poco preocupado por ti porque últimamente estás muy ausente en clase, sin prestar atención; eso no te ocurría antes. ¿Te ha pasado algo recientemente que te esté afectando emocionalmente? Si tienes algún problema puedes contármelo sin preocupaciones.

- Bueno... Esto... Mire, la verdad es que me siento saturada. En mi cabeza hay muchas emociones juntas y no las puedo separar unas de otras. Siento rabia, algo de tristeza e incluso frustración; todo a la vez. Me siento vacía y sin emoción por las cosas que antes me gustaban.

- Ya veo... Y ¿por qué no intentas buscar alguna actividad diferente? Buscar emociones fuertes y nuevas.- propuso con cierta duda.

Me pareció buena idea. Quizás ese fuera el problema, la rutina.

Ese mismo día de camino a casa no paraba de pensar en alguna actividad que pudiese darme ánimos, y en cuanto llegué a casa cogí mi ordenador. Abrí el buscador y tecleé

"*qué hacer cuando estoy aburrida*", y de los muchos resultados que salieron veo un foro que me llama la atención: "el juego de Daruma". Decido entrar y empiezo a leer:

E*l juego de Daruma procede de Japón. Para jugar tienes que hacerlo a las tres de la madrugada completamente a oscuras. Tienes que llenar la bañera de agua y meterte dentro, y, preferiblemente el agua en la que te vas a sumergir tiene que estar fría. Repite seguidamente mientras te lavas los brazos con jabón, el cuello y los hombros "Daruma ven, Daruma ven, Daruma ven". Esta frase debes citarla tres veces.*

Concéntrate con los ojos bien cerrados, tienes que estar completamente solo cuando hagas todo esto y si todo ha salido bien, vas a escuchar ruidos provenientes de la puerta del baño, y ese ruido rápidamente se va a transformar en un fuerte golpe que quizás haga temblar el agua.

Esto es la representación fantasmal de la muerte de Daruma, ya que ella tropezó y se dio un golpe contra el borde de su propia bañera.
No debes dejar de invocarla, incluso si en un instante sientes que la cabeza de ella se apoya en tu hombro, debes seguir repitiendo "Daruma ven".
Si has realizado todo correctamente, enhorabuena, acabas de invocar a un fantasma. Tienes que levantarte con mucho cuidado de no caerte y tropezar en la tina, porque Daruma va a intentar que eso pase. Agárrate bien, sal, sécate y cuando pongas un pie fuera del baño, el juego abra empezado.

A partir de ahí va a estar siguiéndote todo el día y tienes que evitar que ella te alcance. Cada vez que gires la cara, la vas a ver por el rabillo del ojo y cada vez estará más cerca. Para evitar esto tienes una pequeña ventaja, que es decir "tomare", en japonés significa "detente". El juego dura 12 horas y cuando ese lapso de tiempo haya terminado, tienes que decir "kitta", que significa "terminó". Así romperás el lazo con ella y no la verás jamás. Este juego es muy peligroso y todo lo que pueda pasar queda BAJO TU RESPONSABILIDAD.

Imprudente de mi y al causarme tanta curiosidad necesitaba probarlo. Por suerte mis padres se iban a casa de mi abuela todos los fines de semana y me quedaba sola.

Llega el viernes por la noche; es el momento.

Son las 02:55 y subo al baño. Empiezo a llenar la bañera y mientras, me voy quitando la ropa. Apago la luz, me sumerjo en el agua y empiezo a repetir "Daruma ven". El agua está sumamente helada y al cabo de unos minutos empiezo a sentirme incómoda. Siento un escalofrio en la nuca, como un aliento, pero no puedo dejar de repetir esas palabras. Ya se empiezan a escuchar ruidos extraños. Escucho un golpe seco. Ahí comprendí que Daruma había llegado. Termino el ritual y voy saliendo de la bañera apoyándome sobre el lavabo, lentamente, saco un pie y seguido el otro. Me seco, me visto y pongo un pie fuera del baño. Comienza el juego.

Lo primero que me dice mi instinto es que salga corriendo a mi habitación. Veo la puerta abierta y acelero, y cuando menos me lo espero se cierra sola bruscamente ante mis ojos. Estoy segura de que había sido Daruma. Muy desconcertada intento pensar en alguna solución y decido ir al desván. Allí hay un viejo armario enorme donde mis padres guardaban la ropa de verano, y mi plan era resguardarme allí. Subo las escaleras que me llevan hasta el desván lo más rápido que mis piernas podían coordinar el movimiento de correr y subir altos escalones de madera crujiente. Al entrar abro la puerta del armario y tengo que hacer hueco entre las ropas para poder acomodarme. Está muy oscuro, por suerte no olvidé coger el móvil. En ese momento mi cuerpo se desploma; el momento de adrenalina se ha acabado y empiezo preocuparme cada vez más y más, "¿Qué voy a hacer ahora?, estoy sola y no puedo llamar a nadie porque no tengo cobertura en el móvil" pensé. A la vez empezaba a hiperventilar fuertemente y me di cuenta de que me estaba dando un ataque de ansiedad. No tardé mucho en desmayarme.

Cuando despierto me siento aturdida y miro la hora del móvil. Son las 11:45 y he dormido demasiado; aun así, sigo aterrorizada por salir y comprendo que quedarme un tiempo más dentro del armario será lo mejor.

El tiempo se me hace eterno aquí adentro, así que no me demoro más y abro lentamente la puerta del armario. Se escucha mi respiración, mi corazón late a mil por hora, mis pulsaciones están en su momento culmen... Me detengo, noto una presencia muy, muy cerca. Vuelvo a mirar por el hueco del armario, y ahí está; inmóvil y agachada en la esquina de la habitación, sabiendo que yo también la estoy observando. Se me para el corazón por un instante, pero no puedo quedarme ahí parada más tiempo, así que salgo corriendo como alma que lleva el diablo. Antes de dejar la habitación grito "¡Tomare!" sin echar la vista atrás.

Al bajar las escaleras del ático, tropiezo, mi cabeza es golpeada varias veces contra la pared y finalmente me desplomo bruscamente en el rellano de la escalera. Tengo la espalda contra el suelo, sudor y algo de sangre se deslizan por mi frente. Puedo alcanzar a ver que no llegué a cerrar la puerta del todo. Hubo unos segundos de angustia interminables mirando fijamente hacía a esta.

Escucho un chirrido; proviene de la puerta. El corazón se me va a salir del pecho y en ese instante, veo una mano que iba abriendo poco a poco la puerta. Era una mano pequeña y delicada, como la de una niña. La puerta vuelve a abrirse un poco más, y alcanzo a ver a Daruma. Puedo ver parte de su rostro, blanco como la porcelana; y sus ojos, sus ojos son de un color muy negro; casi como si la propia oscuridad se hubiese materializado en sus cuencas. Sus cabellos lisos corno si de seda se tratasen no dejan de ver su rostro al completo. Es increíblemente hermosa, pero desprendía un aura siniestra y tenebrosa que la hacía parecer el ser más maligno jamás imaginado.

Entre esos silencios una brisa procedente del ático baja hasta donde me encuentro, calando mis huesos. Se ha abierto la puerta por completo, y Daruma estaba totalmente quieta, cual estatua.

Oigo su voz, está hablándome:

- ¿Por qué huyes de mí? , solo quiero jugar, Mia.

¿Por qué sabe mi nombre? Eso me dejó impactada, y Daruma empezó a bajar muy despacio, a cámara lenta. Me miraba fijamente, como si me estuviese atravesando con sus ojos, y parecía que en algún momento se abalanzaría sobre mí.

Me sentía totalmente atrapada, sin salida, intentando buscar una solución, y en ese instante recordé que el juego solo duraba 12 horas, saqué el móvil y miré la hora. Eran las 13:59 y solo tenía una esperanza, que era gritar la palabra “kitta” para acabar con el juego de una vez. Si no lo decía antes de las 14:00 el espíritu de Daruma probablemente me seguiría por el resto de mi vida. Ella estaba a punto de atraparme, cada vez avanzaba más y más, y yo oía el crujido de la madera. Era ahora o nunca así que lo hice, lo grité lo más fuerte que he gritado en toda mi vida. Una vez más se congeló la realidad, y un silencio de ultratumba inundó el ambiente. Daruma retrocedió, se retorció, y emergió de ella un alarido infernal que nunca podré olvidar. Empezó a desvanecerse como si fuese polvo, y desapareció dejando una neblina negra. Simplemente desapareció. No podía creerlo y sentí un alivio enorme. Todavía no era consciente de lo que había pasado.

Empecé a pellizcarme los brazos para descubrir si realmente era un sueño o no. En las últimas horas había sufrido emociones muy fuertes y empecé a llorar con una risa nerviosa y entrecortada. Por fin el juego había acabado, y yo había ganado.

LA PIEDRA AZUL

Salma El Hachimi Martínez
Categoría Infantil

- ¡Dame todo lo que tengas! -dijo furioso Carlos.
- No...no tengo nada- le respondio Noa asustada.

El niño le quitó la mochila y la vació en el suelo, asegurándose de que nadie les veía, esparciendo todo lo que llevaba dentro por el suelo. Dos chicos le acompañaban, se reían.

- No hay nada de valor chicos. ¡Vámonos!- dijo Carlos, un niño alto con un flequillo largo que le tapaba un ojo. Carlos y su pandilla son un grupo de niños que molestan a los niños más pequeños que ellos.

Noa se echó a llorar, mientras recogia sus cosas del suelo y las metia de cualquier modo en su mochila. No era la primera vez que le pasaba, se sentía muy mal, pero tenía tanto miedo y tanta vergüenza de que le pasara solo a ella, que no se había atrevido a contárselo a nadie. Noa tiene 10 años, es tímida y flaca, lleva gafas, para colmo, como le costaba mucho entender las cosas en el cole.

Mientras Noa recogía sus libros del suelo, pasó un niñó que le llamó mucho la atención, nunca lo había visto antes. El niño llevaba una cámara con la que hacía fotos a todo lo que se encontraba. Lo que Noa no sabía era que ese mismo niño había hecho una foto de Carlos vaciándole la mochila.

Cuando Noa llegó a su casa su madre le preguntó qué le pasaba, porque la notó rara. Noa fue al servicio para lavarse las manos, disimulando. Su madre, mientras, le rebuscó en la mochila, y vió que los libros estaban desordenados, pero no quisó agobiarla porque era el primer día de clase y no le dió importancia al tema.

Por la tarde Noa decidió ir a dar un paseo en bicicleta desde su casa hasta la Fuente de los Caños. Allí se encontró con el niño de la cámara haciéndole fotos a las

plantas. Como era muy tímida no se atrevió a saludarlo. Pero lo observaba todo el rato con curiosidad.

El niño se llamaba Raúl, también tenía 10 años, era alto y tenía gafas. Raúl acababa de mudarse a Gerena, porque su padre había venido a trabajar a la mina, él vivía unas casas más atrás del Centro Médico, pero como le gustaba tanto la aventura, se dedicaba a recorrer todos los parques del pueblo con su cámara. Raúl terminó de hacer las fotos y se fue a su casa. Estaba un poco lejos, pero a él le daba igual porque se entretenía haciendo fotos.

Al día siguiente, los dos niños volvieron a coincidir por el Pabellón Municipal, camino al colegio. Pero esta vez Raúl la saludó directamente y estuvieron hablando hasta que llegaron al cole. Raúl y Noa no estaban en la misma clase, pero sí en el mismo curso. A la salida del colegio, estuvieron hablando sobre sus gustos y aficiones. Los dos niños decidieron quedar por la tarde en el parque de La Cantina. Allí encontraron, por casualidad, algo muy raro, era una piedra azul. Como se llevaron sus mochilas, Noa la dibujó y Raúl le hizo una foto. Noa decidió guardarla como símbolo de su nueva amistad. Caminaron juntos y, antes de llegar a sus casas, vieron a Carlos y su pandilla burlándose de una niña negra. Raúl sacó rápidamente su cámara y le hizo una foto escondido tras unos arbustos. Luego se acercó y les dijo:

- ¡Dejadla en paz !
- ¿Y tú quién eres para decirme qué hacer? - dijo Carlos.
- Pues... ¡un niño!.- dijo Raúl.
- Y ¿qué quieres?- le dijo uno de los que acompañaban a Carlos, entre risas.
- Que la dejes en paz - dijo Raúl decidido.
- Ni de broma- dijo Carlos riéndose.

Carlos y su pandilla cogieron las mollilas de los niños y las tiraron cuesta abajo. Los niños fueron corriendo a por ellas, y, cuando miraron atrás, Carlos y su pandilla ya se habían ido. Raúl le preguntó a la niña negra cómo se llamaba y ella le contestó: Uma. También dijo que ella no entendía bien nuestro idioma porque no era de aquí. Raúl cogió su cámara y la puso en modo selfie, y los tres se hicieron una foto.

Uma era negra, llevaba rastas en sus cabellos negros, tenía 10 años y era adoptada. Debería estar en el mismo curso que ellos, pero la obligaron a repetir para que aprendiera bien el castellano y ahora estaba en tercero de primaria.

Los tres niños se hicieron amigos a partir de aquel día y siempre jugaban juntos. Uma, Noa y Raúl quedaron un día para jugar en La Rodadera. Este lugar siempre estaba cerrado, pero llevaba unos días con la cancela abierta porque, al parecer, estaban haciendo unas obras de mejora. Noa se llevó la piedra azul y se la enseñó a Uma. Parecía que al ver la piedra todos estubieran más unidos, era un pequeño tesoro compartido. Después de enseñarle la piedra a Uma, empezaron a subirse por las otras piedras. Estaban más contentos que nunca, y Raúl hizo fotos de sus escaladas.

También se sentaron a la sombra de un árbol a merendar. ¡Era muy divertido! Pero no lo fue tanto cuando llegaron Carlos y su pandilla.

A Noa le decían pajita de lo flaca que era, a Uma le decían negra y a Raúl el saca-fotos. Cuando llegaron, empezaron a molestarlos y a decirles que ese era su territorio y que si volvían a entrar se iban a enterar. Se tuvieron que ir a sus casas, pero Raúl se quedó un rato más por los alrededores, espiándolos, a través de su cámara podía verlos actuar a la vez que se sentía protegido. Raúl, con mucho cuidado, siguió a Carlos hasta su casa, se quedó cerca de la ventana. Cuando Carlos entró su hermano mayor estaba esperándole, furioso, le dijo que porqué se había chivado y le dió una colleja. Raúl estaba escuchándolo todo, estaba asombrado, cogió la cámara y metiéndola con mucho cuidado por la ventana hizo varias fotos, esperaba que en alguna de ellas saliera algo que pudiera servirle en su misión de "espia". Cuando Carlos entró en la cocina, su madre y su padre estaban discutiendo a voces, no le hacían caso. El espía escuchó los gritos que salían por la otra ventana, así que se acercó y echó fotos.

Al día siguiente Raúl les comentó a Uma y Noa lo que había escuchado en la casa de Carlos. Uma, que era muy lista, lo comprendió todo y trató de buscar una explicación:

- Los niños como Carlos hacen eso porque las personas mayores se lo hacen a ellos...
- Entonces ¿por eso nos molesta? - preguntó Noa, confusa.
- ¡Exacto! - dijo Raúl muy seguro y convencido de la explicación.

Se quedaron callados. Ninguno de los tres sabía qué hacer ahora que habían descubierto que Carlos no era más que un pobre niño que se había convertido en acosador.

- Tenemos que hacer algo para resolver este caso- dijo Raúl.

Al día siguiente por la mañana, Raúl, Uma y Noa decidieron ver las fotos que Raúl había hecho. Algunas eran superbonitas y producian alegría al verlas, en cambio otras, traían malos recuerdos, como las de Carlos y su pandilla molestándolos a ellos.

Pasaron un buen rato juntos pero ya era hora de irse a comer, antes de irse Uma y Noa le preguntaron a Raúl qué le pasaba, porque últimamente estaba muy callado y triste. Él no quería hablar del tema, pero se lo contó a sus amigas.

Raúl dijo que estaba muy triste porque no quería que le volviesen a hacer bulling. A él, en su anterior colegio, también lo habían acosado, pero lo superó con la ayuda de sus padres, le costó mucho. Ahora se sentía más fuerte, sabía lo que era el abuso de unos niños sobre otros, y no quería volver a pasar por nada parecido. Después de contárselo a sus nuevas amigas se dieron un abrazo y cada uno se fue a su casa.

Uma, que vivía en El Barrihondillo (que está por el Ayuntamiento de Gerena) iba pensativa camino de su casa. Cuando llegó puso la tele y salió en las noticias que un niño había sido ingresado en el hospital por una agresión que le habían hecho unos

niños de su escuela. Uma se asustó, y pensó: ¿ Podría ser capaz Carlos de mandar a un niño al hospital ? Eso es lo que estuvo imaginando Uma a lo largo del día siguiente. Uma dibujó a un niño grande, con fuerza, con solo un ojo, levantando por la camiseta a un niño flaco y con gafas. Y se lo enseñó a sus amigos. Noa dijo que el niño grande era Carlos y que el pequeño era Raúl. Con lágrimas que salían de sus ojos negros, Uma cogió el papel, lo arrugó y lo tiró a la papelera, a continuación dijo muy convencida:

- Esto no va a seguir así.
- Tienes razón – añadió Noa, abrazando a su amiga. Al fin y al cabo los tres estaban siendo amenazados.

Se pusieron a pensar soluciones. A Noa se le ocurrió una idea, poner por todo el colegio carteles dibujados por ellos contra el bulling. A Raúl le pareció una gran idea, pero Uma decía que eso solo no iba a parar el bulling. Y los tres siguieron pensando. Noa dijo que quería formar un grupo con ellos y ponerle un nombre chulo, así tendrían más fuerza. Y a todos les pareció bien.

- ¡Tengo una idea! - dijo Raúl.
- Cuenta - dijo Noa.
- Si Carlos nos vacía las mochilas, vamos a dejar los libros en clase; y si nos intenta pegar le enseñaré las fotos que hice de él molestándonos. Eso sirviría de prueba para una denuncia.
- ¡Qué buena idea! Vamos a hacerlo - dijo Uma.

Y eso fue lo que hicieron: como Carlos siempre les vaciaba las mochilas, decidieron dejar los libros en clase y así llevar las mochilas vacías, también Carlos les molestaba, con insultos y amenazas, así que Raúl les iba a enseñar las fotos que tenía en su cámara. Las fotos eran pruebas y con ellas los podría denunciar.

Al día siguiente, en el recreo, Carlos se acercó a ellos y les dijo que a la salida iba a ir a por ellos. Noa,Uma y Raúl estaban nerviosos porque querían que saliera bien su plan. A la salida del colegio, Carlos y su dos amigos, se acercaron a ellos y Carlos les quitó las mochilas como siempre, abrieron entre los tres las cremalleras y no había nada. Carlos se puso muy furioso, les amenazó y Raúl les dijo que con sus fotos tenían pruebas e irían a la policia a denunciarlos. Carlos y su pandilla salieron corriendo. A partir de entonces ya no los molestó más.

La cosa siguió bien, Raúl, Noa y Uma decidieron llamarse el Club de la piedra azul, porque esa piedra les habia dado mucha suerte. Los tres niños no volvieron a saber más sobre Carlos, andan rumores en el colegio de que los padres de Carlos se separaron y su madre se fue a Sevilla a vivir, por eso Carlos ya no está en el colegio de Gerena. Los niños se alegraron, ahora ya sí que estaban seguros de que no volverían a acosarlos. Gracias a la piedra azul.

Sonia Espigares Recio

Poesías ganadoras

Concurso de relato corto y poesía de Gerena

Recopilación 8ª y 9ª edición

SONETARIO DE OBJETOS

Esteban Torres Sagra
Categoría Adultos

A UN LAPICERO

Piel de cono, en láminas presuntas,
de otras tintas columna precursora,
liada, como medida protectora,
en materia que cede al sacapuntas.
En el frágil manuscrito sombra untas
sobre el papel albino, donde mora,
a veces por siempre y a veces una hora,
según la voluntad de quien las junta.
En su espina dorsal carbonatada
todos los átomos del pensamiento
conjeturan los trazos del esbozo.
La Humanidad le debe su avanzada:
no hay teoría, o idea, sin nacimiento
en las aguas oscuras de su pozo.

A UNA TALADRADORA

Artefacto de besos peculiares
a base de palancas y tornillos:
el vampiro moderno de colmillos
acerados, secretos, regulares.
Terror de las doncellas capilares
que adentran sus perfiles en tus brillos
de una en una, o en dos, o en cuadernillos,
y se dejan dos trozos circulares.
Serpentinas digieren tus mantecas,
suministro de guasas proletarias,
papelillos vomitas o defecas.
Extraña variedad de rumiadora,
asidua de las mesas secretarias,
en genuina catarsis limpiadora.

A UNA IMPRESORA

Guiña su ojo verde y escueta parpadea
si sufre por mi parte el abandono,
entiendo que se queje y le perdono
la provocación y el gesto que plantea.
Con artefactos ineptos se codea
encima de una mesa, sin encono;
el último trabajo que le endono
la colapsa, la atribula, la marea.
Su alma es tinta guardada en un cartucho,
su cuerpo una bandeja que devora
el papel en paquetes de quinientos.
Prodigio incomprendido cuando escucho
el ruido intestinal de la impresora
en un folio plasmar mis sentimientos.

A UNA GRAPADORA

Quien casa cuando casa lo que casa
a golpe inesperado de pulpejo,
no puede casi nunca hacerse viejo
porque luego le pasa lo que pasa.
En su ataque de víbora sarasa
ayunta para siempre en su trebejo
papel original, o su cotejo,
con los hijos bastardos del Espasa.
Y como aquello dura lo que dura
si no aparece pronto el sacagrapas,
eterna se les hace la juntura.
Aunque a veces su acero inoxidable
con el tiempo se oxida en las gualdrapas
y consigue evitar lo inevitable.

A UN ROTULADOR FOSFORITO

Al pasar con su lúbrico cepillo
sobre espíritus de textos renuentes,
acelera el estudio para mentes
que persiguen la estela de su brillo.
Como un as en la manga para un pillo,
báculo para legos o invidentes,
se desangran sus tintas fluorescentes
sobre arroyos pintados de amarillo.
Y, frutal, la frescura de su aliento
almibara cualquier conocimiento
dando lustre a las ideas fugitivas.
Mas no abusemos de sus comitivas
y malgastemos tiempo en el preludio
en vez de dedicarnos al estudio.

A UN TECLADO

Sin el carro de bueyes circulares
que sujetan papel sin el rodillo,
sin cinta, sin los golpes al nudillo
cuando fallan las huellas dactilares.
Con las letras en los mismos lugares
que aprendimos a base de martillo,
sin los espacios huecos entre el brillo
de las teclas, sin muelles auxiliares,
sin palancas, sin sangría francesa,
sin atranque por múltiples resortes.
Se trata de un teclado que no pesa.
De mi vieja olivetti sin la casta,
perdimos glamur y ganamos portes
cuando trocaron su hierro por tu pasta.

A UNAS TIJERAS

Zancuda de la mesa de escritorio
con ojos de lechuza sin pupila,
verdugo que separa y que mutila
el sobre que servía de envoltorio.
Advenediza pieza de otro emporio
gestada en el negocio de la esquila,
el primer instrumento que se afila
cuando pone una piedra el consistorio.
Entre papeles blancos bailarina
si recorta inocentes monigotes
para ingenuas espaldas de oficina,
peligrosa en la mente malandrina
si al gato le aligera los bigotes
o coge por rehén a una gallina.

FEBRERO

Miguel García Carro
Categoría Juvenil

Caen, sin tiempo, gotas de cristal.
El sol asoma, ríe entre las nubes.
Sonrisa en mi boca, mirada dulce.
El cielo, enorme inmensidad.

Destella el arco iris, ¡preciosidad!
Observo el paisaje, lejos, la urbe.
En mi quietud, la vida bella fluye.
Aprecio la flor, pequeña, sin igual.

El sol en la ventana, llueve vida.
El mundo en mi palma, el pájaro canta.
Caen lágrimas, resbalan, aguacero.

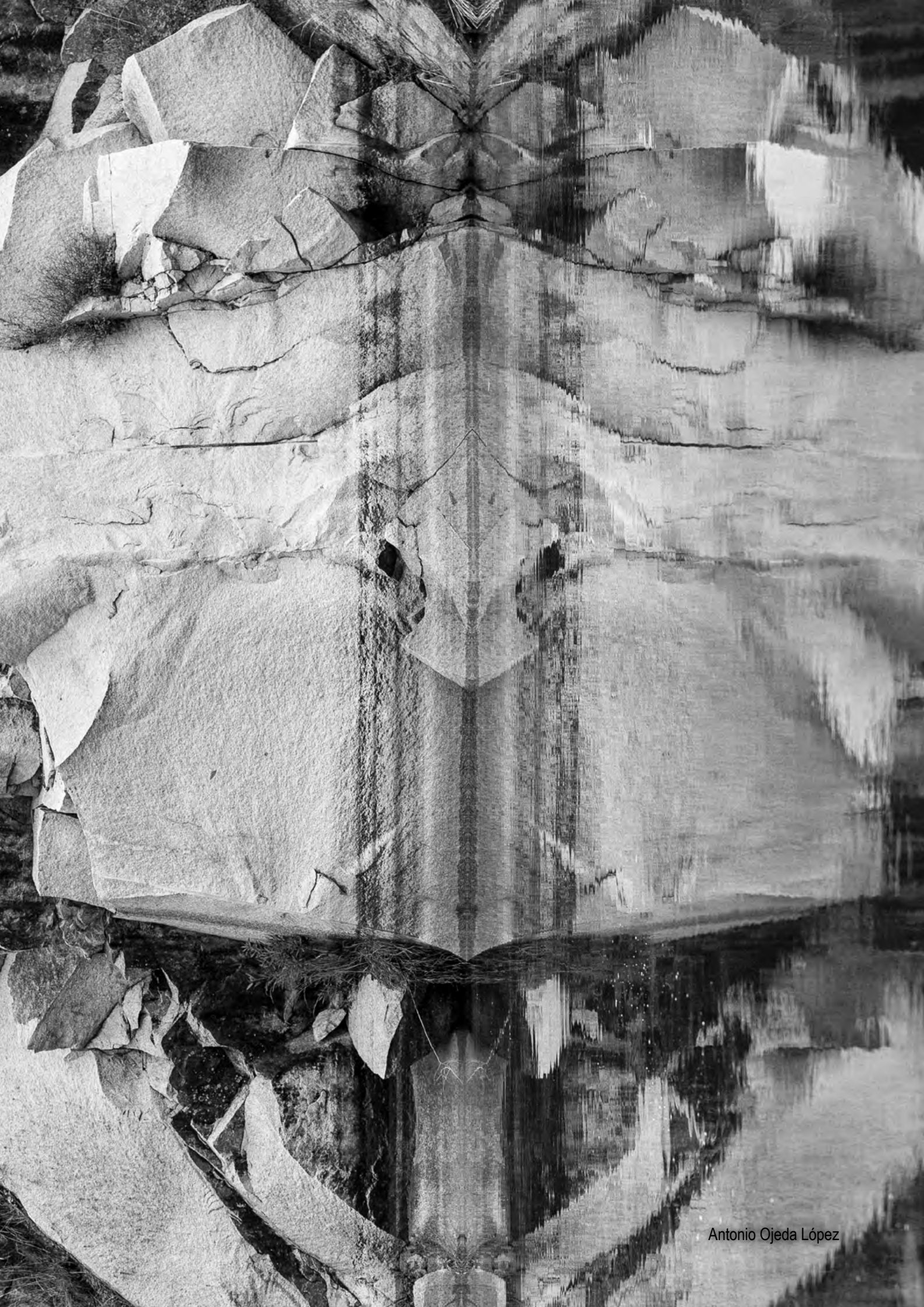
Despeja el cielo, bella maravilla,
eterno momento, cristalina agua,
olor a tierra, dulce flor, Febrero.

HOY EN MI PUEBLO

Jimena Pérez Torres
Categoría Infantil

Hoy en mi pueblo,
no paraba de saltar
y un pajaro me dijo
"Ya es la hora de
cenar" y yo
rapidamente me
fui a Cerena a
descansar. Por el
camino palabras y
palabras no paraban
de estornudar, ¿Sera
que hoy es el día del
calculo mental?

En ese momento me fui
a dormir, mi despertador no
paraba me tenia que ir.
Cuando llegue al colegio un
espejo me imitaba cada vez mas
a mi ¿Sera porque Jimena escribe
algo sobre esto que
esta pasando aqui?


Antonio Ojeda López

PONGAMOS A LA GUERRA UNA MORDAZA

Feliciano Ramos Navarro

Categoría Adultos

1

Ponme el arma al revés, que su ceguera
no escupa hacia la tierra sus pecados.
¿Acaso la existencia de soldados
me obliga a ensangrentarme la guerrera?
Arráncame la infame cartuchera
repleta de satánicos colmillos
que como agudos filos de cuchillos
se clavan en carnes de adolescentes
que luchan como duros combatientes
a pesar de que son unos chiquillos.

2

La guerra me enfurece, vierto el llanto
por mis sufrientes ojos, mis lamentos
no pueden acallar los armamentos
que sangrarán un mar lleno de espanto.
Paz grita todo el mundo, mientras tanto
extiendo quijotesca cada mano
para estrechar la tuya como hermano
esperando un milagro que no llega;
busco la paz y siempre se me niega,
pero la busco aunque la busque en vano.

3

No riman los poemas del poeta
ni vuela alborozada la colina
la paz de una paloma, sólo ruina
prescribe la batalla en su receta.
Disparos de fusiles son la meta
de mentes asesinas porque ahora
ya nadie importa a nadie, si otro llora
en tu bolsillo guardas tu pañuelo
y bajas la cabeza con recelo
porque mejor te sientes si te ignora.

4

Cementerios callados como un lecho
donde reposan tumbas del olvido,
despojos falseando lo vencido
por culpa de una guerra sin derecho.
Recuerdos, epitafios de algún hecho,
cruces sobre sepulcros en hilera
con una flor si acaso en primavera.
¿Medallas como premios de la muerte?
En guerra nuestra vida se convierte
en mueca de una blanca calavera.

5

Entierro para siempre la quijada
regalo de Caín porque la lucha
en su cabeza luce la capucha
de un verdugo con hacha muy afilada.
Sembremos un jardín junto a la espada
y en vez de guerra recojamos flores
para que un ramo embriague con olores
las horas de la vida y aprendamos
las necedades por las que luchamos
de atacantes o tercos defensores.

6

Me alumbro entre penumbras de candiles
con mechas de frustrados desengaños,
el hombre no rechaza con los años
el son atronador de los fusiles.
Nace la vida y se sepultan miles
de vidas cada día sin reparos,
nadie ofrece al herido sus amparos,
los ríos de la sangre a borbotones
desaguan inocentes corazones
a causa del fragor de los disparos.

7

Me asomo a mi balcón cuando amanece
a aurora el despertar de la mañana,
la vida es sólo un blanco, la diana
donde dispara el mundo que enloquece.
Late mi corazón, se me endurece
la sangre por el cauce de mis venas,
me atrapan sanguinarias las cadenas
de una terrible lucha que me aterra
y siembra la cizaña de la guerra
en vez trigo limpio a manos llenas

8

Hoy pongo en la balanza de la vida
amor y desamor, su fiel proclama
el odio que se enrosca en cada rama
del árbol de la guerra fratricida.
La guerra me sujeta con su brida
mas yo corto sus riendas insumiso,
me aterra aborrecible el compromiso
que abona de fusiles las escuelas,
¿ por qué precisa el mundo centinelas
y manzanas del mal el Paraíso?

9

Me siento espantapájaros movido
por el capricho loco de los vientos.
¿Cuándo me libraré de los tormentos
del ciego belicismo inmerecido?
La vida me la dieron, yo he nacido
para vivir en paz, con alegría;
no quiero emborronar mi biografía
con un fusil que lleva en su mirada
la sombra de la muerte soterrada
y el valor lo convierte en cobardía.

10

Respiro a funeral, a falso puerto
con olas consumidas por el fuego
del odio de la guerra, lloro ciego
por la inocente sangre de algún muerto.
No sé si estoy dormido o estoy despierto,
siento pavor, me duele cada herida
del campo de batalla, sin salida
vivir será tan sólo una cornada
de un toro enfurecido, puñalada
que sangra el ruedo alegre de la vida.

11

Al Cielo mi mirada lastimera
suplica a Dios que con su largo dedo
rompa la telaraña del enredo
urdida por la guerra traicionera.
Mas Dios cerró su mano justiciera
y con divina voz claro me dijo:
“ En su doctrina santa mi buen Hijo
la paz siempre brotó de su lenguaje,
mas traicionando el hombre su mensaje
lo convirtió en eterno crucifijo”

12

Coloco en el desván mis ropas viejas,
mi dermis de soldado, rompo el hierro
bruñido del fusil, pago el entierro
del lobo que engordaba con mis quejas.
Libro mi corazón de prietas rejas
y dejo mi vivir de mercenario,
me quiero convertir en emisario
del amor, de la paz y del cariño
para que guarde alegre cualquier niño
su arma de juguete en el armario.

POEMA PARA UNA PAZ IMPOSIBLE...

José Luis Martín Cobos
Categoría Adultos - Premio Local

P-aisaje de crepúsculo sin luna: rojo encendido en los últimos espejos del atardecer.
O-frecen las penumbras sus cuerpos callados, abatidos entre lluvia perdida del ayer.
E-stallaron los átomos en una carcajada de desolación: caen espigas al fondo del mar.
M-iles de ojos fusilados, hallan sus cuencas vacías en el infinito hueco de la eternidad.
A-cero frío que silba la alborada: ejércitos de fango que aplastan, asombros al caminar.

P-étalos de sangre que rebosan, brotan y amamantan / el tuétano de la tierra arrasada.
A-úlla el viento en su guarida: memoria profunda y arrastrada / con silencio herido.
R-edoble de tambores al amanecer: reloj parado y prisionero / en su gallo dormido.
A-marga el sabor de la mirada: afila su ausencia austera / el perfil de la guadaña.

U-n jardín verde-aturdido: flores que lloran las madres, en el jarrón de los suspiros.
N-iños color guerra, dibujan con hambre negra / blancas palomas de esperanza.
A-zul mariposa que libre vuela: rebusca la acuarela / el pincel de una añoranza.

P-antalla blindada: noticia directa al olvido de la conciencia acomodada. (Soy cronista).
A-lerta Roja en la Sala Presidencial: soldaditos de plomo, juegan a conquistar. (Soy líder).
Z-ona Cero. Batalla en la insensible distancia. Río turbio entre dos aguas. (Soy neutral).

I-nvertir, negociar: pudrir con gusanos y medallas, la joven vida truncada. (Soy traficante)
M-undo roto, sin voz, risa ni besos: huye la victoria del mapa de los sueños. (Soy víctima).
P-olíticas de papel mojado para un Acuerdo Final entre Jefes de Estado. (Soy demagogo).
O-ndean al aire, banderas de sinrazón; pies exiliados, desfilan al paredón. (Soy desertor).
S-ol acribillado en la frontera. Himnos gloriosos, inflaman las hogueras. (Soy patriota).
I-mposición frágil y heroica de la metafísica del deber contra la derrota. (Soy filósofo).
B-uenos y malos; cobardes y osados; miedos y recuerdos, ¡todos muertos! (Soy militar).
L-ucha sin armas; sombras en el cielo: brillan las estrellas, en bóvedas de cieno.

[Soy pacifista.
Es: grito y eco del futuro; espada impasible; grieta en el muro... La **PAZ IMPOSIBLE**.

SI

Diego Bello Muñoz

Categoría Juvenil

Si las cajas de recuerdos perdieran la memoria,
y la pobreza del mundo se muriera de hambre.
Si los charcos de agua fueran impermeables,
y no camináramos con quitamiedos.
Si los parachoques de una nota anónima de amor,
mostraran la persona de un golpe
y los Polos de la Tierra se incendiaran.
Si la esperanza se perdiera lo primero,
y tu amor no fuese un estado arbitrario.
Si los manuscritos de una piel se tradujeran solos,
y dijéramos lo que sentimos sin palabras.
Si las letras no se colocaran donde ellas quieren,
y el interruptor de mi vida dejara de funcionar
cuando la luz está encendida.
Si las teclas blancas de una tarde de domingo no dejaran huella.
y no fueran solo poetas los que escriben poesía.
Si los renglones de un cuaderno desorbitado fueran caminos hacia tus piernas.
Si las brújulas apuntaran hacia la dirección correcta.
Si los besos no fueran tan crueles.
Si el mar solo fuera una lágrima enorme,
y pudiera pintar con las manos.
Si el rojo no empañase tantas mejillas,
si el verde no fuera tan muerte.
Si se rompieran máscaras de cristal.
y los gritos se ahogaran de impotencia.
Si los violines no me contaran sus penas,
ni me llorase en el hombro la inspiración.
Si el olvido se olvidase de mí por un día
y tú te acordases de que existo,
me olvidaría por ti de la existencia.
No se si con esto sería más feliz.
Pero sería más fácil.

GERENA

Carlos Fábrega Galán
Categoría Infantil

Gerena es un pequeño pueblo,
pequeño pero especial.
Pues, de todos los pueblos del mundo,
no hay ninguno igual.
Tiene montes y prados,
y unas grandes canteras,
de las que vivieron nuestros antepasados.
Aquí vivieron romanos,
de los que sus baños conservamos.
Aquí vivieron árabes,
de los que su palacio custodiamos
y aquí vivimos nosotros,
para que de nuestro bonito pueblo
disfruten tambien otros.

Ayuntamiento de
Gerena
www.gerena.es
Juventud

DIPUTACION DE SEVILLA
www.dipusevilla.es

PLAZA
DE LA
CONSTITUCION